



El dulce vicio de escribir

Alfredo Bryce Echenique. Lima - Perú. 1939. Escritor con vasta producción en novela y narrativa. "Si recordar es volver a vivir, compartir los recuerdos es multiplicar generosamente tal posibilidad. Y esto es lo que sucede con "Doce cartas a dos amigos", delicioso conjunto de textos que rememora algunos de los periplos de ese impenitente nostálgico de zapatos vagabundos que es Alfredo Bryce Echenique". Publicamos en esta edición la primera parte de "El Nóbel y otras historias".

El Nóbel y otras historias

Primera carta

Madrid, 25 de octubre de 1990

Mis queridos Maruja y Ramón:

Me preguntaban ustedes, en su última carta, por el premio Nóbel de Octavio Paz, qué pensaba yo, etcétera. Creo que ese gran poeta y ensayista mexicano hemos hablado ya varias veces, aquí en Madrid, como dice una presentadora de televisión y medio Madrid más. Mi humilde opinión es que se trata de un reconocimiento merecidísimo para un poeta merecidísimo también, ya que a diferencia de lo que sucede con los políticos, los países sí suelen tener los pensadores y artistas que se merecen. Desgraciadamente, no siempre sucede lo mismo al revés. No. Los artistas, los escritores y los poetas, no suelen tener los países que se merecen. Hay toneladas de botones para verbigracias de la dimensión de un Darío o de un Vallejo. Y punto, pero no aparte, porque me queda mucha mala noche por delante y quisiera que estas palabras, desgraciadamente sólo escritas, se arroparan el mayor rato posible con el cariño con que ustedes siempre me han acogido.

Cambio de párrafo, eso sí, porque hasta Proust y Joyce, que escribían las frases más largas del mundo, cambiaban de párrafo de vez en cuando. El Nóbel de Octavio Paz me ha hecho pensar en el Nóbel en sí, y sobre esto tengo algunas ideas, fruto de algunas observaciones y de pequeñas experiencias personales. El Premio Nóbel de Literatura, por ejemplo (no hay que olvidar que la literatura es lo mío, como escritor, y lo de ustedes, como apasionados lectores), bien vale algunas reflexiones y comentarios y hasta algunas anécdotas, "a guisa de ilustración". Y es que es increíble el bullicio que se arma cada año con este premio. No me refiero a cosas como si se lo merecía fulano o no zutano, que si perencejo y no Dante Alighieri (les cuento: dudaba acerca de la ortografía del apellido de Dante y busqué en mi Pequeño Larousse, que dice así: "Alighieri: apellido de Dante", con punto final enseguida), bueno, y así sucesivamente hasta llegar a las manos, al menos aquí en Madrid, en el café Gijón. Pero, ya les digo, no es a eso a lo que me refiero porque exactamente lo mismo pasa con el Barça, el Real Madrid y el Atlético de Madrid, cuyo inefable presidente parece que siempre tiene razón en lo que dice cuando pierde su equipo, pero que pierde toda la razón por la forma en que lo dice. "Español de puro bestia", que versó Vallejo.

Bueno, y yo parezco ser un peruano de pura digresión, pero esta noche de octubre es de Hojas muertas en Yves Montand, y "digresionar le da a uno ilusión / impresión de estar acercando al alma / casa de los seres queridos". Y, claro, lo admito: de estarse alejando del tema también. No sé si el asunto este de alejarme del Nóbel de Literatura es freudiano porque, la verdad, no es necesariamente alegre lo que les quiero comentar. Bueno, pero al grano. ¿Por qué

diablos, cuando un escritor gana el premio... (perdonen, pero no sé si debo escribir premio con mayúscula o minúscula, cuando de Nóbel se trata)... otros veinte escritores entran en estado de alerta roja, unos cuarenta se emborrachan hasta no enterarse de nada (que es todo para ellos), amén de los que cambian de partido político o de los que se van directamente al psiquiatra o al diablo o repudian a su cónyuge o renacen como Lázaro y empiezan a intrigar para el año próximo, porque a la tercera va la vencida, o se cambian de sexo para ver si como mujeres tienen más posibilidades nobelizables. Y, por favor, no me acusen ustedes de machista, deduciendo de mi último ejemplo que no considero a las mujeres dignas del Nóbel con otro sexo. Sí las considero dignas de máximo galardón, en general, pero lo que pasa es que yo no soy miembro del jurado.

Cambio de párrafo, pero no final. Por fin, se ha entregado el Premio Nóbel de Literatura 1990, y han sobrevivido varios candidatos para los años siguientes. El bullicio es increíble. ¿Por qué demonios no se arma el mismo jolgorio con los demás premios Nóbel? Se lo gana un científico, un economista o un pacífico, salen en el telediario y, al día siguiente, la prensa escrita nos explica de quiénes se trata (hablo en general, históricamente, no de Gorbachov, por supuesto), y después uno no los vuelve a ver más en su vida. Vuelven a sus investigaciones, a sus estadísticas o a sus nobles causas, tranquilitos. No sé, pero es como si un químico Nóbel mirase por un microscopio y sólo viera una molécula, una bacteria, una célula, un átomo; en fin, lo que le corresponde ver. En cambio, se diría que si a un escritor la dan un microscopio y mira, lo primero que ve, inmenso, es un premio Nóbel. Aunque sea de la paz. El escritor que gana el Premio Nóbel de Literatura se nos convierte de la noche a la mañana (aunque ya de nacimiento lo hubiese estado haciendo), en un hombre que tiene que opinar sobre todo lo divino y lo humano con científica autoridad. Y todo el mundo opina sobre él. Y él opina sobre todos los que opinan sobre él. Y todo el mundo entero opina sobre los que opinan sobre él, en una suerte de balacera general.

Debe ser algo realmente agotador. Fíjense ustedes que ahora que Octavio Paz ha ganado el premio, Camilo José Cela ha anunciado públicamente que se retira de la vida pública. Me consta que el gran don Camilo aguantó su Nóbel con un verdadero par de los suyos. Y con follones y colerones y viajes y propósito de enmienda y de regreso a la literatura. Nunca mejor dicho: Octavio Paz ha ganado un merecidísimo premio Nóbel y Camilo José Cela descansa en paz.

Un texto titulado "Jonás ou l'artiste au travail" recoge una de las confesiones que el extraordinario Albert Camus, premio Nóbel cosecha 1957, le hacía a J. C. Brisville: "Es cierto que he conocido las servidumbres de la fama antes de haber escrito todos mis libros. El resultado más evidente de esta situación es el de haber tenido que arrancarle a la sociedad las horas que necesitaba consagrarle a mi obra. Todavía tengo que hacerlo y, si bien lo logro, debo reconocer que me cuesta mucho trabajo". Otra confesión como ésta aparece en una de sus cartas: "Mi obra no me ha liberado. Todo lo contrario: me ha esclavizado".

(Continuará)